

PATRONATO PRO MUSICA DE BARCELONA

Extraordinaria audición del oratorio «El Mesías», de Haendel

Gran triunfo del «Orfeón Donostiarra»
con los solistas

Norma Procter, Irene Salemka,
Richard Standen y William Herbert



El Orfeón Donostiarra, consumado intérprete de «El Mesías»

Con el oratorio «El Mesías», de G. F. Haendel, acaba de ofrecernos el Patronato Pro Música de Barcelona, una de las más extraordinarias audiciones que, sin duda alguna, han de pasar a formar parte de la historia musical de Barcelona de los últimos años.

La magnitud de «El Mesías», representa para la historia del género musical denominado oratorio la culminación de todas sus posibilidades, tanto de concepto como de técnica empleada, para expresar a través de la música, el enorme imperio interior de una plenitud espiritual nacida al amparo de aquellos amplios horizontes que siguieron a la Reforma luterana. Dos siglos de experiencia instrumental en la música de cámara, son un tiempo más que respetable para comprender esa expansión del arte italiano a través de Europa, ejerciendo el magisterio sobre la dinámica melódica y la construcción contrapuntística. Las voces, lejos ya de ser para los compositores material de difícil empleo según la técnica polifónica, alcanzan en los albores del siglo XVIII un desarrollo extraordinario que no dejaría de atraer a los grandes maestros alemanes contemporáneos de Juan Sebastián Bach.

Jorge Federico Haendel, cuya muerte en su segundo centenario conmemoramos este año, halló ciertamente en toda esa herencia estética los elementos para emprender la realización objetiva de su genio.

en la obra que, ora aquí, ora allá, iba dejando como culminación de aquella su inquietud de existencia, hasta hallar en el país anglosajón el justo reconocimiento a su labor creadora. Siempre inquieto y emprendedor, el fracaso, hasta cierto punto discutible, que le acarrearón sus óperas, le orientó hacia nuevos rumbos, quizá mejor ligados a la esencia misma de su arte. Reacción a uno de esos reveses: fué la composición de «El Mesías», su obra cumbre, en la que integró con genialidad extrema el profundo acento de las voces solistas, la robustez de una orquestación brillante y la amplitud seráfica de los coros, tratada con arreglo a esa técnica de fogoso y, a la vez, sosegado espíritu, que nos lo presenta, al correr de los siglos, como un maestro esclarecido de la polifonía en la primera mitad del siglo XVIII.

Elevación suprema, auténticos momentos de virtuosismo sabiamente conjugados mediante el clavicémbalo, el violín, el violoncelo y la voz humana, sublimidad del mejor sabor espiritual, son en amplios términos los factores que constituyen para los intérpretes la expresión más digna de su arte personal. Y todo eso hemos podido apreciar estos dos días en el Palacio de la Música, sin exceptuar en ello a elemento alguno. El «Orfeón Donostiarra», magníficamente preparado por ese gran maestro que es Juan Gorostidi, nos ofreció el magno exponente de su arte, que nada tiene que

envidiar a las demás Entidades corales de nuestro país. Quede tranquilo Gorostidi en su fuero interno, porque estimamos que aquella añeja lección que de nosotros, los catalanes, recibió un día, según propia confesión, la ha superado el «Orfeón Donostiarra», con creces y en franca significación de magisterio. ¿Qué mejor matización, ritmo y armonía cabe exigir de una masa coral que supo llegar con su arte al extremo de la expresividad inmersa en el célebre oratorio de Haendel? Por ello estimamos que no fué tarea ingrata para el gran maestro director general de esta audición, Hermann Scherchen, integrar en íntima perfección los elementos vocales con los demás instrumentos de la orquesta. Y así resultó la grandiosidad del «Alleluia», noble, elevado, sin posible superación.

Hermann Scherchen, que es uno de los maestros con mejores dotes en la comprensión omnimoda del mensaje musical que registra la his-

toria europea hasta el presente, consiguió una verdadera ejecución desde todos los puntos de vista que pretendamos estudiarla. Con él, siempre atento al menor detalle, obtuvieron también el triunfo merecido los solistas. La exquisita contralto Norma Procter, que cantó su parte con conmovedora naturalidad, ejemplar prueba de una auténtica escuela de canto cuya efectividad se opone por esencia a todo vano efectismo virtuoso y sin trascendencia; el gran bajo Richard Standen, que nos sorprendió por esa insólita técnica de dicción y fraseo, apoyada en el maravilloso y viril timbre de su cuerda; la soprano Irene Salemka, de una voz segura, cálida, un tanto afectada por el acento y musicalidad inherente al timbre ligero, que la convierten en idóneo instrumento de matización y soltura, y, por último, el tenor William Herbert, poseedor de un registro medio de la mejor calidad vocal. Junto a ellos, destaquemos la excelente actuación de los solistas instrumentales, Eduardo Bocquet (violín), José Trotta (violoncelo), J. Gibert Camins (clavicémbalo) y Amadeo Rovira (trompeta).

El público, puesto en pie, ovacionó con frenesí de verdadera apoteosis a todos los intérpretes, al «Orfeón Donostiarra», a los maestros Gorostidi y Hermann Scherchen, así como a la magnífica Orquesta Sinfónica. Vaya también nuestro mejor elogio para el Patronato Pro Música de Barcelona, como merecido tributo a la extraordinaria brillantez de este gran acontecimiento para la vida musical de nuestra ciudad.

Ramón Bayod y Serrat

*"Solidaridad
Nacional"*

DOS EXCEPCIONALES AUDICIONES DE
EL MESIAS de HÄNDEL

organizadas por
PATRONATO PRO-MUSICA DE BARCELONA
ORQUESTA SINFONICA DE BARCELONA
Orfeón Donostiarra - Director: Maestro GOROSTIDI

SOLISTAS VOCALES:
IRENE SALEMKA, soprano
NORMA PROCTER, contralto
ANTON DERMOTA, tenor
RICHARD STANDEN, bajo

SOLISTAS INSTRUMENTALES:
J. GIBERT CAMINS, clavicémbalo. J. M^e ROMA, órgano
DIRECCION GENERAL:

HERMAN SCHERCHEN

PALACIO DE LA MUSICA

Miércoles, 25 de febrero, 10'15 noche
Jueves, 26 de febrero, 10'15 noche

"La Vanguardia"
24 febrero 1959

Martes, 24 de febrero de 1959

Siglo III - Año 169 - Número 47

DIARIO DE

DE AVISOS



BARCELONA

Y NOTICIAS

FUNDADO EN 1792

MUNTANER, 49

Precio: 1'50 pesetas



MAXIMAS FIGURAS DE UN GRAN ACONTECIMIENTO MUSICAL

El famoso maestro Herman Scherchen, de nombradía internacional, recién llegado a nuestra ciudad para dirigir el extraordinario conjunto musical que interpretará «El Mesías», de Haendel, pasea por la Rambla, acompañado del insigne maestro Jesús Gorostidi, director del «Orfeón Donostiarra», que participará en el mencionado acontecimiento, organizado por el Patronato Pró Música de Barcelona

(Foto Brangulí)

(Más información gráfica en la doble página central y deportiva en la 36)



Hermann Scherchen con la reina madre de Bélgica, después de un concierto dado hace un mes en Bruselas

EL MESIAS DIRIGIDO POR HERMANN SCHERCHEN

SIN duda lo más notable en las dos audiciones de «El Mesías» organizadas por Pro-Música fué la magistral dirección de Hermann Scherchen. Un maestro de esta categoría era necesario para una obra que no admite interpretaciones mediocres. «El Mesías» representa la culminación de las formas clásicas. La partitura impresiona por su perfección, su equilibrio y su austeridad, pero el rigor formal, la polifonía y la armonía irrefragables, al ser empleados sistemáticamente en el transcurso de todo el oratorio, llegan a fatigar si los intérpretes, coro, orquesta y solistas no les proporcionan el más vivo fulgor y la paipitación emotiva que en todo caso hierve recóndita en los pentagramas de Haendel. Eso es lo que hizo Scherchen enfrentado con el Orfeón Donostiarra, un cuarteto vocal de excepción y la Orquesta Sinfónica de Barcelona, que, según parece, agotó en múltiples ensayos. El resultado de este esfuerzo fué magnífico y apreciado por el auditorio, que tuvo la clara sensación de haber asistido a una verdadera «re-creación» de la obra.

El Orfeón Donostiarra cantó absolutamente adaptado a la naturaleza de la música y a lo que representa el acompañamiento de una orquesta rigidamente conducida. El maestro Goróstidi ha hecho una labor verdaderamente admirable preparando a los orfeonistas vascos, familiarizados desde hace tiempo con las grandes creaciones sinfónicas corales.

El cuarteto de solistas fué, como he dicho, excepcional, especialmente el bajo Richard Standen, cuya voz y estilo pueden calificarse de insuperables. La contralto Norma Procter cantó con una exactitud y uniformidad vocal casi mecánicas. El tenor William Herbert, sin sobresalir, estuvo correctísimo y absolutamente identificado con su «rol». Finalmente, la soprano Irene Salemká, con ser la menos segura del conjunto, completó este tetragono que hace honor a la musicalidad de los anglosajones, que se manifiesta especialmente evidente cuando se trata de traducir las obras de Haendel, compositor que consideran suyo. La orquesta, en la que Gibert Camins asumió la parte substancial del clavicémbalo, o la altura de los demás intérpretes. Hermann Scherchen es primordialmente un pedagogo, un hombre de estudio y de academia. (Al revés de Sergiu Celibidache, el director «vedette», joven y vital que conoceremos en los próximos conciertos de Pro-Música al frente de la Orquesta Nacional.) Sin embargo, el arte de Scherchen no se resiente de su condición didáctica. Sus interpretaciones son ante todo de una justeza admirable, pero no carecen nunca de verdadera inspiración. Toda la luz, la emoción y la vida que perdura en la obra de Haendel fueron transmitidas brillantemente por una de las batutas más ilustres de nuestro tiempo.

"Deslino"
7 marzo 1959

MUSICA

MAGNIFICA VERSION DE «EL MESIAS» DE HAENDEL

Se recordará en Barcelona esta audición que, los pasados miércoles y jueves nos fue ofrecida por el Patronato Pro-Música, que va desarrollando sin vacilaciones el programa de grandes acontecimientos musicales que ofreció el día de su constitución, no cejando en su propósito de traer a Barcelona cuanto puede ser de interés extraordinario para los melómanos de nuestra ciudad. Y entrando en una rápida glosa del acto comenzaremos por reseñar la labor de:

El director, Hermann Scherchen; no queremos elogiarle diciendo que es un especialista de los oratorios, pues, por el contrario, nos consta que los más modernos procedimientos orquestales encuentran en él a un convencido. Por ello es más admirable su absoluta comprensión de la partitura de este formidable oratorio, en cuya dirección, con ademanes sobrios y precisos, no descuidó el ataque de una sola nota que marcó con precisión a los intérpretes, ni dejó olvidado al más leve matiz, alcanzando así una versión que nos atravesamos a afirmar será difícil superar.

Los solistas se hicieron acreedores a la admiración del auditorio; no son cantantes que, por su nombre, se impongan a los públicos, pero su indudable calidad individual, unida a serio estudio de este oratorio que han cantado numerosas veces, la mayoría bajo la batuta de Scherchen, les ha transferido una seguridad y dominio de las más sutiles entonaciones de la partitura, que expresan con verdadera emoción, Irene Salemla, Norma Procter, William Herbert y Richard Camins, clavicémbalo; participaron merecidamente de los aplausos entusiastas del auditorio.

El Orfeón Donostiarra, puede decirse que fue el héroe de la velada. No hay que dudar de la seriedad y concienzuda preparación a que lo ha sometido el maestro Gorostidi, su director actual, que ha conseguido elevar a una envidiable posición internacional a esta masa de cantores que, bajo la égida del maestro Esnaola, ya había iniciado el camino ascensional en su carrera artística. No puede ponerse un solo pero a la labor de estos simpáticos cantantes, que atacan y cortan las notas con precisión admirable y, sobre todo, que ponen toda su alma en lo que cantan, entregándose totalmente a la labor artística que tienen encomendada. Así es comprensible que fueran aplaudidos con tal entusiasmo, que las salidas del maestro Gorostidi, al final de cada una de las partes, se reiteraran durante largo rato.

La Orquesta Sinfónica de Barcelona no debe ser olvidada tampoco en esta reseña. Su intervención fue decisiva, perfecta y concienzuda, cooperando con entusiasmo a obtener ese conjunto perfecto que pudimos admirar; también mereció los aplausos del auditorio y las constantes muestras de satisfacción del director en todo el desarrollo del concierto.

Y para terminar, sólo nos resta decir que los aplausos en todas las partes fueron verdaderas ovaciones, con el público puesto en pie, que durante largo rato demostró a todos, director, cantantes y músicos, su admiración por tan memorable audición.

*Yloja
del Lunes
2 marzo
1959*

EXTRAORDINARIA AUDICION DE «EL MESIAS», DE HAENDEL, EN EL PALACIO DE LA MUSICA

De memorable puede calificarse la audición del oratorio de Haendel, «El Mesías», que fué ofrecida por el Patronato Pro Música de Barcelona, al público musical barcelonés.

Un extraordinario director, el maestro Hermann Scherchen, agrupó para esta solemnidad al laureado Orfeón Donostiarra, que tuvo a su cargo la parte coral del oratorio; la Orquesta Sinfónica de Barcelona y los solistas Irene Salemla, soprano; William Herbert, tenor, que sustituyó a Antón Dermota, quien no pudo desplazarse a Barcelona por hallarse enfermo; J. Gibert Camins, clavicémbalo; Norma Procter, contralto, y Richard Standen, bajo.

Jorge Federico Haendel nació en Halle (Sajonia), en 1685, el mismo año del nacimiento de J. S. Bach. Buena parte de sus obras fueron escritas durante su estancia en Inglaterra, adonde se trasladó cuando rondaba los seis lustros de edad. En principio dedicó su capacidad creadora a la ópera de estilo italiano, pero más tarde orientóse hacia los grandes oratorios entre los que cabe destacar «Israel en Egipto», «Saúl», y «El Mesías», con el que alcanza el cúmulo de la gloria. Este año se cumple el segundo centenario de su muerte, y el Patronato Pro Música de Barcelona, ha querido adherirse a los festivales europeos conmemorativos, ofreciendo esta extraordinaria versión de uno de los más grandes monumentos musicales de todos los tiempos.

«El Mesías» está dividido en tres secciones o partes, que representan «Las Profecías y Narración de la Natividad»; «La Pasión y Resurrección», y «La Resurrección de los hombres». Haendel dominaba de modo insuperable todos los procedimientos para construir un monumento musical de proporciones ingentes y de una belleza estética definitiva. Arias, recitativos y partes corales se entremezclan, se diluyen entre sí, en una muestra de un polifonismo discursivo de elevada línea melódica. El gran músico se complace en evocar la serenidad de espíritu, el estado puro del alma, dando rienda suelta a su inspiración creadora, que se pone altamente de manifiesto principalmente en las intervenciones corales, como la fuga magistral de la segunda página coral de la segunda parte; la majestuosa «Aleluya» de la que Haendel dijo que cuando lo escribía se le abrió el cielo y se le reveló el poder de Dios. Y, efectivamente, al oír este fragmento aceptamos esta afirmación de Haendel. Es tal su potencia emotiva, que el rey Jorge I de Inglaterra no pudo evitar un día ponerse en pie espontáneamente cuando oyó los primeros compases del «Aleluya», y estableció la costumbre en Inglaterra de que todo el mundo escuche el final de la segunda parte de «El Mesías» puesto en pie, en respetuoso reconocimiento.

Grandes coros cierran asimismo el oratorio, y como dice el comentarista Burnet James, en las notas al programa. «Esta obra gigantesca condensa en su «Amén» final la síntesis de todas sus perfecciones, su visión divina», y la exuberancia creadora de Haendel.

Al maestro Gorostidi, director del Orfeón Donostiarra, corresponde buena parte, mejor dicho, mucha parte del éxito alcanzado por esta versión de «El Mesías» que nos ofreció el maestro de maestros di-

rectores, Scherchen. Gorostidi preparó los coros de modo insuperable. Precisos, ajustados, exactos, seguros y admirables. Ligó inteligentemente las indudables facultades de los cantores donostiarras para matizar la policromía polifónica de la obra haendeliana. Así lo entendió también el maestro Scherchen que, con nobleza caballeresca, quiso compartir los fragorosos aplausos que le tributó el público por su meritísima labor al frente de la audición, con el maestro Gorostidi.

También el cuarteto solista brilló a gran altura, dejando todos los intérpretes bien patente su arte y musicalidad puesta al servicio de una obra que requiere características modalidades interpretativas. Asimismo, el clavicembalista Juan Gibert Camins, y los profesores de la Orquesta Sinfónica, fueron perfectos instrumentos pulsados por la mano maestra de Scherchen. Herman Scherchen demostró conocer profundamente la obra, y la tradujo con vigor, dando brillantez extraordinaria en todos los pasajes del oratorio.

Los aplausos con que el público premió el final de cada una de las partes y especialmente al término de la obra, después del incommensurable «Amén» fueron prueba evidente del agrado y satisfacción con que el inteligente auditorio había acogido la labor de todos los intérpretes, requiriendo la presencia de los maestros directores y solistas repetidas veces en el hemisclio para demostrarles su entusiasmo con repetidas y prolongadas ovaciones.

JAIME CASTELL

*«La Prensa»
26 febrero
1959*

MEMORABLE AUDICION DE «EL MESIAS», OFRECIDA POR EL PATRONATO «PRO - MUSICA» DE BARCELONA

El magno oratorio fué interpretado de modo magnífico por el Orfeón Donostiarra, Orquesta Sinfónica y prestigiosos solistas, bajo la dirección del maestro Scherchen

¡Magnífico, sublime, maravilloso! Estas y otras exclamaciones de admiración y de gozo salían de los labios de todos los afortunados melómanos que anoche asistieron a la extraordinaria audición de «El Mesías», de Haendel. En las mentes y en los corazones de todos ellos quedarán por mucho tiempo grabados los nombres de Scherchen, Gorostidi, el Orfeón Donostiarra, la Orquesta Sinfónica de Barcelona y los prestigiosos solistas que interpretaron el magno oratorio. Una vez más, el Patronato «Pro Música» de Barcelona ha mostrado el celoso interés que viene prestando, desde su reciente fundación, hacia cuanto tie-



Jorge Federico Haendel

ne honda palpitación en el ámbito filarmónico universal, ofreciendo a nuestra ciudad este solemne concierto conmemorativo del II Centenario de la muerte del gran compositor sajón, nacionalizado en Inglaterra.

Fuó precisamente durante una audición de «El Mesías» en Londres — el 6 de abril de 1759 — cuando Haendel se sintió repentinamente enfermo, marchando a su casa, donde se acostó para no levantarse más. Había expresado su anhelo de «morir el Viernes Santo, en la esperanza de unirme con mi Dios amado, con mi misericordioso Señor y Salvador, en el día de su Resurrección». Su deseo se vió realizado en las primeras horas de la mañana del Sábado de Gloria, 14 de abril del citado año. Los ingleses, que lo consideraron una gloria nacional, le honraron concediéndole sepultura en la Abadía de Westminster, en un mausoleo construido por Roubillac, en el «Poet's Corner», descansando sus restos junto a los de Shakespeare, Tennyson y Purcell. La casa donde murió, situada en Brook Street, Grosvenor Square, se conserva como monumento nacional.

EL GENIO DE HALLE

Nacido en Halle el lunes 23 de febrero de 1685 — a pocas semanas de distancia de Bach —, no pertenecía Haendel a una gran dinastía

de músicos, como el genio de Eisenach. Su padre era un barbero con habilidades de cirujano, que al lograr la curación de un individuo que se tragó un cuchillo llamó la atención del duque Augusto de Sajonia, quien lo tomó a su servicio, nombrándole chambelán. Halagado con ello, el barbero quiso dar a su hijo Jorge Federico una carrera brillante y le obligó a estudiar jurisprudencia. Caso similar al de Schumann, pero como en éste por las venas de Haendel parecía correr música en vez de sangre, y el duque de Sajonia, asombrado un día ante el talento incipiente del muchacho, instó a su padre que le dejara seguir su innata inclinación. Su educación fué confiada al organista de Santa María de Halle, Fried Wilhelm Zachau. En poco tiempo aprendió Haendel el órgano, el violín, el oboe y el clavicémbalo, como asimismo la teoría armónica y el contrapunto. Pronto se entregó a la composición, habiéndose dicho de él que «improvisaba a cada minuto de su vida».

Si Bach vivía encerrado en su terruño, Haendel, por el contrario, inquieto y observador, sintió el deseo de viajar. En 1703, cuando contaba dieciocho años, se trasladó de Halle a Hamburgo, ingresando como segundo violín en la orquesta de la «Opera», donde trabajó amistad con Johann Mattheson, compositor, cantante, director y otras cosas más. Y he aquí una anécdota que pudo ser trágica para él. Se le había permitido dirigir, sentado al cembalo, la ópera «Cleopatra»

de Mattheson, que interpretaba un papel de la obra, cuando éste, después de «muerto en escena», quiso sustituir a Haendel en su puesto, pero el músico de Halle se negó a abandonar el clavicémbalo. Surgió una fuerte disputa entre ambos, que acabó en un duelo celebrado en la plaza del Mercado de la ciudad ante numeroso público. Mattheson, que era un consumado espadachín, dirigió una violenta estocada al pecho de su adversario, pero afortunadamente la espada se le rompió al dar con un botón del traje de Haendel. Los dos contendientes se reconciliaron y volvieron a ser grandes amigos.

Haendel marchó a Italia en 1707, cuando tenía veintitrés años. Un día, en Venecia, acababa de ejecutar Alejandro Scarlatti una pieza al clavicémbalo cuando quedó estupefacto al ver que un joven con apariencia de extranjero se sentaba ante el instrumento y tocaba con pasmosa habilidad la pieza por aquél interpretada, pero... con variaciones. Era el «célebre sajón» como luego le llamaron. Establó Haendel gran amistad con dicho clavecinista italiano y su famoso hijo Domenico, y también con Corelli y otros celebrados músicos del país del Dante. Visitó Roma y Florencia, donde quedó extasiado ante las bellezas pictóricas. Desde enton-

ces amó tanto la pintura como la música. Romain Roland ha dicho que para Haendel «el fin de la música instrumental no era solamente recrear el oído, sino expresar sentimientos y pintar pasiones». Muchas de sus obras están inspiradas en cuadros, paisajes o escenas vistas o vividas por el compositor. Según madame Stael, Miguel Angel fué el pintor de la Biblia, y Haendel, su cantor.

De esta época vivida en Italia datan sus primeros oratorios, salmos y cantatas, así como algunas óperas, como «Rodrigo» y «Agripina». Se asimiló el estilo italiano, como también se interesó por lo español y así lo revela su «Cantata spagnola sola con chitarra». Con todo ello logró ese cosmopolitismo que le diferencia de Bach.

HAENDEL, EN LONDRES

Llegó Haendel a Londres en 1711, cuando ya Purcell había fallecido, lo que contribuyó a que la reina Ana se interesara prontamente por el sajón, que en catorce días escribió la ópera «Rinaldo», estrenada

con gran éxito. Tras una corta estancia en Hannover volvió a la capital británica y ya no se movió. Venciendo las intrigas de su rival Bononcini y luchando con las exigencias de los empresarios, logró estrenar numerosas composiciones de orquesta, como los «Concerti grossi», «suites», etc., y sobre todo óperas y oratorios. A fines de 1712 compuso el célebre «Te Deum de Utrecht» en celebración del tratado que puso fin a la Guerra de Sucesión española. Muerta la reina Ana, logró granjearse las simpatías de su sucesor, el príncipe de Hannover, escribiendo en su obsequio los «Juegos acuáticos». En 1720 se creó la «Royal Academy of Music», de la que fué nombrado Haendel director, y pronto triunfaron numerosas obras de todo género del genial compositor. Tan laboriosa y continua labor causó trastornos en su salud, especialmente en la vista, quedando ciego primero de un ojo y después del otro, después de una inútil operación de cataratas. En la primavera de 1759, durante una re-

presentación de su «Sansón» en el Covent Garden, Haendel sintió fuerte impresión cuando, sentado al lado del órgano, oyó las palabras del guerrero ciego:

«Eclipse total, ni sol ni luna.
Todo es oscuridad en medio del
[esplendor del mediodía.]»

Pasadas algunas noches, Jorge Federico Haendel sufrió un síncope durante la audición de «El Mesías», falleciendo poco después, como arriba hemos dicho.

La ingente producción del autor del popular «Largo» (de la ópera «Jerjes») fué catalogada en cien volúmenes por la Haendel Gesellschaft, asociación alemana constituida en 1856 para tal fin y dirigida por el doctor Federico Chrisander, quien realizó frecuentes viajes a Inglaterra para consultar los manuscritos originales del maestro.

EL ORATORIO "EL MESIAS"

El 13 de abril de 1742 se estrenaba "El Mesías" en un festival benéfico celebrado en Dublín bajo el patrocinio del duque de Devonshire, alcanzando gran éxito. El 23 de marzo del año siguiente, si dió la primera audición en el Covent Garden de Londres.

Haendel, en esta su obra maestra, toma de los relatos bíblicos lo más ligado con el pueblo entero, que dialoga a grandes voces, pero sin sobresaltos y dentro de su barroquismo instrumental y vocal, encuentra un tono de epopeya, donde la expresión lírica tiene la apasionada serenidad de los coros de la tragedia griega. El coro de Haendel da la sensación, como dice Sopena, de una hermosa pleamar, sin crestas rotas de espuma, movida y ondulante desde muy dentro. El dinamismo de los movimientos fugados, la gracia descriptiva de la "Sinfonía pastoral", la delicadeza sentimental de las "arias", tienen una vibración emotiva que hacen de Haendel un precursor de los románticos. Pero esta tendencia al romanticismo queda frenada por un innato sentido de la línea clásica. Con todo ello logra el inmortal músico esa elevación lírica, llena de ternuras y de dolores colectivos, que culmina en la grandeza y majestuosidad del "Aleluya" y del solemnisimo coro final "¡Oh, Cordero Divino!", "¡Oh, Salvador!", con el impresionante "Amén".

LA INTERPRETACION

Modelo de equilibrio, de serenidad y de perfección en los matices, fué la memorable interpretación de anoche. El maestro Scherchen demostró que si su nombre figura como uno de los primeros directores de vanguardia, adscrito a los modernos movimientos encabezados por Schoenberg, no por ello ha dejado de lado a los grandes maestros clásicos. En esta ocasión, ha patentizado su profunda comprensión del espíritu haendeliano, y si en algunos momentos llevó los "allegros" con exce-

siva rapidez, rayando en lo vertiginoso, lo hizo con tal flexibilidad y equilibrio en la gradación sonora, que lejos de desentonar de la homogeneidad de conjunto, contribuyó a la mayor emoción auditiva. Además, confiaba en todos los intérpretes, dóciles a sus sobrias insinuaciones directrices, las precisas y oportunas, sin espectacularidad de gestos ni alardes efectistas.

El Orfeón Donostiarra ha llegado a la máxima perfección en unidad de conjunto y expresividad de matices que se pueden obtener de una masa coral. Con sus noventa voces mixtas, su labor cabe calificarla de insuperable, pues logró siempre una transparencia y una suavidad de emisión admirables, sirviendo por completo al contenido emocional y a la línea clarísima que el oratorio exigía.

Y, ¿qué diremos de los solistas? Magníficos, en verdad todos ellos. La contralto Norma Prockter, con sus acentos cálidos, impregnados de aliento emotivo y aplicados a unas notas graves, muy difíciles de matizar, pues impera en ellas una tesitura muy baja: la soprano Irene Salemká, con su bonita voz, ágil, argentina, fácil en las

modulaciones expresivas bien alegres, bien dolorosas; el bajo Richard Standen, formidable cantante, en verdad, de una pulidez de emisión extraordinaria en la serie de vocalizaciones que abundan en su papel, debiendo subrayarse su ductilidad en los "legatos"; y por último, el tenor William Hernert, que sustituyó al anunciado Anton Dermota, que no pudo desplazarse a Barcelona por hallarse enfermo, también puso a contribución sus excelentes medios vocales, logrando matices convincentes a lo largo de sus intervenciones.

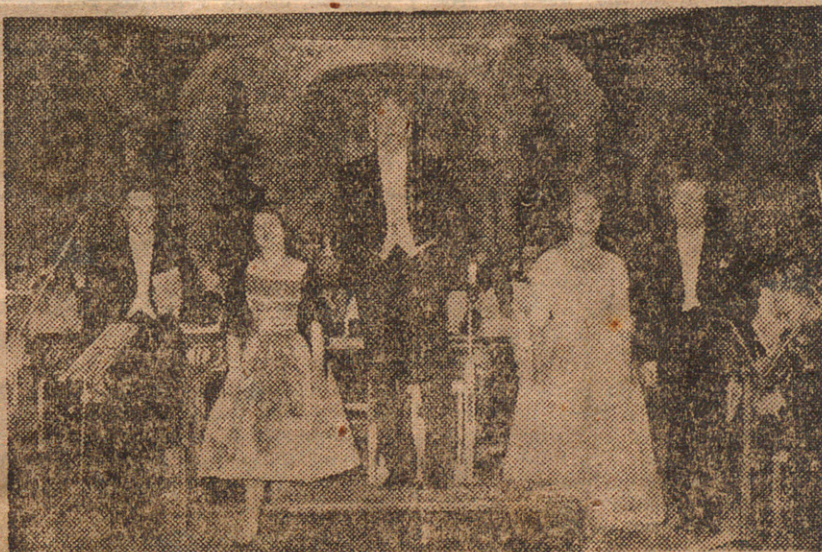
La Orquesta Sinfónica de Barcelona obtuvo unas sonoridades de verdadera excepción en su ponderado conjunto: violines, violas, cellos, bajos, dos oboes, dos trompetas, fagots y timpani, con la colaboración del maestro Juan Gilbert Camins, al clavicordio. Si en todo momento obtuvo un magistral ajuste con los coros y los solistas, merece descartarse la pulcritud expresiva lograda en la "Sinfonía" inicial y, sobre todo, en la deliciosa "Sinfonía pastoral", matizada con exquisita elegancia rítmica, merced al talento conductor del maestro Scherchen. A subrayar también las depuradas intervenciones solistas del concertino de la orquesta, Eduardo Bocquet, y del primer trompeta, Amadeo Rovira —la de éste muy com-

prometida—, en la tercera parte del oratorio.

Vibrantes aplausos y frenéticos "bravos" del público enfervorizado y puesto en pie, a los finales de acto obligaron a salir repetidamente al escenario a los maestros Scherchen y Gorostidi, acompañados de los solistas, compartiendo este homenaje de admiración y entusiasmo los soberbios cantores del Orfeón Donostiarra y los profesores de la Orquesta Sinfónica de Barcelona.

En resumen, una memorable manifestación sinfónica - vocal, que dejará huella indeleble en los anales de la historia musical de nuestra filarmónica Barcelona.

Manuel R. DE LLAUDER



El maestro Scherchen y los solistas Irene Salemká, Norma Prockter, William Herbert y Richard Standen —al fondo el Orfeón Donostiarra y la Orquesta Sinfónica— recibiendo las entusiásticas aclamaciones de la numerosa concurrencia. (Foto Branguli)

"El Noticiero Universal"
26 febrero 1959

MEMORABLE AUDICION DEL ORATORIO «EL MESIAS» DE HAENDEL, EN EL PALACIO DE LA MUSICA

Fué interpretado magistralmente, bajo la dirección del maestro Hermann Scherchen, por el Orfeón Donostiarra, la Orquesta Sinfónica de Barcelona y solistas vocales.

Una solemnidad musical de sumptuosa tonalidad artística constituyó la audición del magno oratorio «El Mesias» de Jorge Federico Haendel, ofrecida anoche en el Palacio de la Música por el laureado Orfeón Donostiarra — que dirige el maestro Juan Gorostidi — la Orquesta Sinfónica de Barcelona, y un cuarteto de sobresalientes vocalistas: Irene Salemla, soprano; Norma Procter, contralto; William Herbert, tenor, y Richard Standens, bajo, actuando todos bajo la dirección general del maestro Hermann Scherchen.



Organizado por el Patronato Pro-Música de Barcelona, este excepcional festival sinfónico celebróse en conmemoración del segundo centenario de la muerte del inmortal autor del citado Oratorio.

Cuando la primera audición en nuestra ciudad de «El Mesias» (4 de noviembre de 1950) ofrecida asimismo desde el hemiciclo del Palacio de la Música, por el «Orfeón Graciense», bajo la dirección del maestro Antonio Pérez Simó, ya consignamos los oportunos comentarios marginales desde esta tribuna de nuestro DIARIO. Plácenos en esta solemne oportunidad reproducir algunos de los conceptos analíticos emitidos entonces referentes al imponente planteamiento discursivo del grandioso poema.

Temperamento dramático por excelencia, en el inicio de su carrera de compositor musical dedicóse Haendel a la producción de obras para la escena lírica (cuarenta y una óperas dejó escritas) hasta que, a sus cincuenta y tres años de edad, entregóse enteramente a la composición de sus oratorios. Imponentes monumentos del divino arte son las obras de este peculiar género de manifestación musical que compusiera Haendel. De acuerdo con su vigorosa sensibilidad, sus oratorios declaran dramáticas expresividades; sus peculiares lirismos obedecen a los convencionalismos escénicos, a cuya influencia no podía sustraerse Haendel. Abosoluto dominador de los superiores procedimientos constructivos de la composición musical, en la producción de sus magños oratorios el genial maestro hizo de ellos soberbia conjugación. Treinta y tres oratorios compuso Haendel, entre los cuales: «Israel en Egipto», «Saul», «Sansón», «Judas Macabeo», «Josué», «Jephté», y el «Mesias»; sin duda el de más altos vuelos que dictara su privilegiada fantasía. Es obra cumbre del arte músico.

El oratorio «El Mesias» consta de tres partes, o actos. El proce-

so discursivo de cada apartado transcurre en un entrelazamiento de arias, recitativos y corales, de avasallador polifonismo. Un derroche de inspiración es esta obra haendeliana. Ingenuosos sentimientos expresa el aria «Será el pastor gentil», que canta la soprano solista; descriptivas intenciones manifiestan las arias que figuran en la segunda y tercera partes, a cargo sus dicciones, del bajo solista; los sentimentales recitados, y, de manera singular grandilocuentes, las polifónicas declamaciones del coro, que adquieren arrolladora imposición en el célebre «Alleluia». (Sabido es de los filarmónicos que, cuando la primera audición del oratorio, al interpretarse esta página, el auditorio —subyugado ante esta soberbia arquitectura vocal— se puso en pie, continuando en esta postura hasta el término de su interpretación). «El Mesias» fué estrenado en Dublín, el año 1742, habiéndolo compuesto Haendel en veinticuatro jornadas.

Magnífica, en sus diversas particularidades, esta audición de «El Mesias» ofrecida anoche, con el «Orfeón Donostiarra» en primer plano. Verdaderamente es primerísima institución coral la laureada agrupación. Admira de todos sus componentes la perfecta compenetración artística que establecen en sus actuaciones conjuntivas, el equilibrio sonoro que presentan todas las cuerdas —voces blancas y graves— procediendo en sus interpretaciones colectivas. Las armoniosas facultades vocales de que están en posesión los inteligentes cantores vascos las conjugaron en policromadas matizaciones traduciendo los imponentes corales que figuran en el magno poema, adquiriendo máxima brillantez su intervención vocal colectiva en la interpretación del triunfante «Alleluia».

También el cuarteto de solistas vocales ofreció positivo testimonio de estar en posesión de las requeridas aptitudes para el ejercicio de esta superior modalidad de interpretación musical. Sonoridades de cautivadora atención asignaron a sus facultades vocales interpretando el florido rosario de arias y recitales, cuyas intenciones expresivas fracasaron de acuerdo con el apropiado estilo de sus giros melódicos. Perfecta la importante colaboración prestada por la Orquesta Sinfónica de Barcelona, así como la actuación al clavicémbalo del prestigioso maestro Juan Gilbert Camins.

En su actuación directiva el maestro Hermann Scherchen evidenció haber previamente estudiado, profundizado el magno polifonismo del poema. Toda suerte de expresividades señaló desde su sitio de honor a las artísticas huestes cuya conducción interpretativa tuvo confiada.

De acuerdo con su potestativa

sensibilidad condujo la audición del Oratorio haendeliano, adquiriendo la máxima exaltación sus vigorosos arrestos directivos en el transcurso de los pasajes de la obra a tiempo «Allegro».

Al dar término la lírica exposición de cada una de las partes de la obra, los asistentes prorrumperon en ardorosas manifestaciones admirativas. Constantes fueron los aplausos, los bravos, debiendo de hacer acto de presencia innumerables veces los maestros Scherchen y Gorostidi en el hemiciclo para corresponder al entusiasta homenaje recibido, en unión de todos los intérpretes.

A. CATALA

*"Diario Barcelona"
26 febrero 1959*

*"El once"
26 febrero 1959*

bolsa del Patronato Pro-Música...
—Estos caballeros creen que tengo la
oir a la Callas, comenta:
Refiriéndose a quienes suspiran por
confirmarse con la Tebaldi.
Pamias dice que por ahora tienen que
su gestión traiga a la Callas. El señor
fanáticos del Liceo esperan que durante
El señor Pamias empieza bien. Los
la batuta, sino quien la manija.
que reside en Palma de Mallorca. No
nombre no nos viene a la memoria, pero
bajo una batuta extremo-oriental, cuyo
sesiones en el Palacio de la Música,
novel Orquesta, presentándola en dos
de dar el espaldarazo "concertista" a la
Simultáneamente, ha tenido la idea
tado en España.
Comedia Francesa, que jamás ha es-
presentaciones, a la compañía de la
de traer al Liceo, para un par de re-
la empresa ha tenido la feliz iniciativa
Para festejar su toma de posesión de
Novedades en la calle de Caspe.
to, figura la construcción del nuevo
otros servicios que está rindiendo al rea-
de la Orquesta titular del Liceo, y entre
imaginación fecunda. Fué el promotor
El señor Pamias es un hombre de
del señor Arquer.
cuando no de primero, en la cuadrilla
Pamias, quien actuaba ya de segundo,
señor Arquer, enfermo, ha cedido los
trastos de matar a don Juan Antonio
Relieve de empresa en el Liceo. El



II CENTENARIO DE HAENDEL.—El Orfeón Donostiarra y la Orquesta Sinfónica de Barcelona, dirigida por el maestro Scherchen, interpretando "El Mesías", de Haendel, en el Palacio de la Música barcelonés, en el acto de homenaje al insigne compositor en el II centenario de su muerte. (Foto Branguli.)

"A. B. C.
Madrid

PALACIO DE LA MUSICA. - Admirables audiciones del oratorio «El Mesías», de Händel

Fiel a sus fines y a sus generosas promesas, el Patronato Pro-Música de Barcelona viene dotando a la ciudad de manifestaciones artísticas de tan alto nivel, que difícilmente podrían, no ya superarse, sino igualarse. Después de los inolvidables conciertos de la Orquesta Filarmónica de Viena, el no menos memorable recital de Victoria de los Angeles; y ahora he aquí que al Patronato ha ofrecido dos audiciones íntegras, la primera de ellas anteanoche, del oratorio «El Mesías», de Jorge Federico Händel, aquel genio de la música, que, nacido el 23 de febrero de 1685 en Halle (Sajonia), entregó al Señor su alma en Londres, donde había pasado la mayor parte de su existencia, el 14 de abril de 1759. Sábado Santo, cuando ya la ceguera había hecho presa de él. Dos siglos van a cumplirse, pues, de la muerte del glorioso compositor alemán, y el Patronato Pro-Música de Barcelona ha querido conmemorar la efemérides con estas audiciones de «El Mesías».

Diversos incidentes que no es del caso referir, indujeron a Händel a desviarse de la ópera, que tanto había absorbido sus actividades, y buscar refugio en el oratorio, género musical elevado y noble, muy en consonancia con su fe. Los oratorios de Händel, que alguien ha calificado certeramente de «frascos sonoros», sirvieron para que el músico afirmara de modo definitivo su recia personalidad y su religiosidad. «El Mesías», que lleva texto poético de Carlos Jennens, basado en la Sagrada Escritura, fue estrenado en Dublín, el 13 de abril de 1742, en una fiesta de caridad, que dejó unas cuatrocientas libras de beneficios. El éxito de la obra, considerada por la crítica de entonces como inspirada y sublime, fue entusiástico y se reprodujo en Londres el año 1750, donde, por cierto, cuando se ejecutó por vez primera y al entonar el coro el «Aleluya», el auditorio, entre el cual se hallaba el Rey, se puso en pie y así permaneció hasta el último versículo.

De la prodigiosa facilidad de Händel dará idea el hecho de que obra tan colosal y que ha admirado el mundo entero fuera escrita en 24 días. ¿Qué de particular tiene que Händel se autoplagara para algunas páginas y aún que para otras, según le han acusado ciertos críticos, recurriera a inspiraciones ajenas, cuando en aquella época las copias, más o menos disimuladas, estaban a la orden del día y no eran repudiadas, sobre todo, como en el caso de «El Mesías», colosal creación musical, el genio propio apaga cualquier chispazo extraño? Hoy, «El Mesías» con su «Gloria a Dios», su «Aleluya» y su «Amen», pasajes, en otros, de grandiosas proporciones y plenos de majestad, queda como la más per-

fecta e inspirada obra de Händel, a quien ya nadie discute.

Para asegurar a «El Mesías» una interpretación en consonancia con su monumentalidad el Patronato Pro-Música ha reunido elementos de capacidad y prestigio inigualables. Desde el gran director Hermann Scherchen, tan familiarizado con el clasicismo, hasta el glorioso Orfeón Donostiarra, que dirige el maestro Goróstidi, y la Orquesta Sinfónica de Barcelona; desde la soprano Irene Salemk, la contralto Norma Procter, el tenor William Herbert y el bajo Richard Standen, solistas vocales, hasta Juan Gibert Camins, encargado del clavicémbalo. La parte de órgano, como se hace en Dublín, fue suprimida.

De «El Mesías», el maestro Hermann Scherchen extrajo su íntima esencia religiosa, a través de una versión a la vez reposada y solemne, austera y colorida. ¡Qué sentimiento, qué precisión y qué autoridad desplegó el director insigne! Todos sus colaboradores le siguieron de modo maravilloso. Los solistas vocales, de los cuales podríamos destacar por sus matices expresivos, la contralto Norma Procter, cencieron las grandes dificultades de sus intervenciones, a las que aportaron finura y fidelidad de estilo. El Orfeón Donostiarra, tan excelentemente preparado por el maestro Goróstidi, estuvo sencillamente asombroso, por la cohesión y seguridad de las voces, brillantes y afinadas en todos los sectores y de una insuperable fusión en los ritmos y de magistrales sonoridades en las elevaciones sentimentales. La orquesta, de la que tuvo especial ocasión de lucimiento el violinista Bocquet y que delineó de manera persuasiva la deliciosa «Pastoral», se mostró equilibrada y obediente. Juan Gibert Camins dio el debido relieve a la parte del clavicémbalo, parte de no escasa responsabilidad.

El auditorio, profundamente conmovido y preso de incontenible entusiasmo, estalló en clamorosas ovaciones al término de cada una de las tres partes en que se dividió el oratorio, y cuando, a las dos de la mañana, abandonábamos el Palacio de la Música, allí seguían las aclamaciones y las llamadas a los maestros Scherchen y Goróstidi y a los solistas, y continuaban las encendidas demostraciones admirativas hacia el Orfeón Donostiarra y la Orquesta Sinfónica.

Anoche se dio la segunda y última audición de «El Mesías», reproduciéndose el verdaderamente extraordinario éxito anterior.

Para los días 13 y 14 de marzo, el Patronato Pro-Música prepara dos conciertos por la Orquesta Nacional de Madrid, dirigida por el maestro Sergio Ceiebidache. Otros acontecimientos en puertas. — U. F. ZANNI.

"La Vanguardia"
27 febrero 1959

PALACIO DE LA MUSICA

«EL MESIAS», DE HAENDEL

Para conmemorar dignamente el segundo centenario de la muerte del gran compositor alemán, que a la forma musical del «Oratorio» infundió prestancia popular, el Patronato «Pro Música» de Beethoven ha organizado dos audiciones de «El Mesías», que indiscutiblemente es el que encierra mayores bellezas sonoras y características constructivas. Para estos actos se ha requerido la colaboración de los más destacados elementos; éstos, que con su alta calidad artística, han podido contribuir al logro de unas audiciones en todo aspecto modélicas.

Comenzaremos por decir que, en orden a los conjuntos instrumentales, se ha procurado ceñirse en lo más posible a la versión original, es decir, sin la colaboración de órgano y con el clavicémbalo como figurante entre los instrumentos músicos de la orquesta. En la cuadratura, aun cuando muy tenuemente por el marcada, apoyábase todo el edificio sonoro de la diversa familia instrumental, y así también acompañaba a las voces en los recitativos, coadyuvando de tal manera a la ampulosidad de los mismos sin desviar su carácter objetivo de relato verbal.

Todos estos requisitos fueron observados; y el esfuerzo y atención coronado por el más feliz logro, gracias a la buena preparación habida y a la natural disposición de los profesores de la orquesta, con el maestro Juan Gibert Camins al clavicémbalo, quien merece especial aplauso.

Del Orfeón Donostiarra no podemos dar la noticia de que es una institución coral de primerísimo orden, porque tal cosa es sobrada conocida de todos, y prueba evidente de ello es el hecho de que cuando el Patronato «Pro Música» ha organizado tales festivales, a los que ha querido dar el máximo de aparato, pensó en el Orfeón Donostiarra para la

interpretación de los conjuntos vocales de «El Mesías».

Magnífico fue el resultado en todo momento, y llegó a lo insuperable en el célebre «Alleluia», al que supo dar la progresión ascendente, aumentando el volumen al propio tiempo, sin denotar esfuerzo aparente en las obligadas tesituras de las voces extremas. Así escucharon los aplausos tan justamente ofrecidos, y que el maestro Juan Gorostidi tuvo que salir a cosechar, como artífice de este orfeón, que acaso sea, en el momento actual, uno de los más destacados de Europa.

El cuadro de solistas vocales corrió a cargo de Irene Salemka, William Herbert, Norma Procter y Richard Standen, que dieron a sus respectivos roles de soprano, tenor, contralto y bajo el carácter sobrio que requiere la voz en la expresión musical propia del «Oratorio».

Conductor general de la obra fue el maestro Hermann Scherchen, y dió, en el curso de tal empresa, prueba de su gran categoría de director, que sobre aunar las diversas expresiones sonoras a un solo efecto emotivo, este alcanzó fuerza insospechada de belleza suma.

El numeroso auditorio aplaudió con entusiasmo, muestra evidente de gran complacencia por el acierto de tales sesiones.

Melchor BORRAS DE PALAU

*"El Correo
Catalán
27 febrer
1959*

¡Aleluya! Parece que el Real Club Deportivo Español ha encontrado ya remedio a sus males.

Se susurra que su presidente, don Federico Marimón, piensa confiar la preparación del equipo al entrenador alemán Hermann Scherchen.

Hermann Scherchen es un veterano

que reúne técnica y severidad. Ambas condiciones las demostró en la preparación del Mesías de Haendel en el reciente Festival del Palacio de la Música. ¡Había que ver cómo trabajaba el Orfeón Donostiarra y cómo trabajaba la orquesta bajo las órdenes de Scherchen!

—Nada; que pienso encargarle la preparación técnica del equipo — anunció el señor Marimón, quien hace compatibles sus esparcimientos deportivos con su ferviente devoción a la música.

*"El Once"
2 mars
1959*

Gran versión del oratorio "El Mesías", de Haendel, dirigida por el maestro Hermann Scherchen

Resulta difícil predecir el grado de fervor con que los centros musicales del mundo conmemorarán el segundo centenario de la muerte de Jorge Federico Haendel, pero en cualquier caso, Barcelona no habrá sido la menos pródiga en el tributo a la memoria del gran compositor alemán. «El Mesías», es obra capital en el catálogo de la producción haendeliana, con categoría y rango monumentales cuando pensamos no ya en el equilibrio maravilloso, en el despliegue de medios y en la perfección de la forma, sino en la sinceridad del mensaje, en la espontaneidad del pensamiento y en la pureza de una inspiración que ni aun en los momentos más flacos deja de tener elevación y nobleza. Porque «El Mesías», ofrece irregularidades, cierto, pero no lo es menos que los pasajes felices superan en mucho a los de menor brillantez, admitiendo como tales los que sólo por riguroso criterio tasativo se valoran por comparación, que no por calidad intrínseca siempre presente en un todo henchido de sublime religiosidad. Recordar, pues, a Haendel a través de este oratorio es buena prueba del amor y respeto con que el Patronato Pro-Música de Barcelona ha querido solemnizar la efeméride, mayormente notable en la generosidad de elementos puestos a disposición de la interpretación.

Hace escasos instantes se rendían los últimos aplausos a los protagonistas de una versión de «El Mesías», memorable. No hay apenas margen para el comentario. Si, el suficiente para suscribir un juicio favorable que tiene base y originalidad en la calidad, solvencia, seriedad y prestigio de un maestro de talla universal, con puesto destacado en el escalafón de las grandes batutas —siquiera él no la use—. Hermann Scherchen, héroe de tantas conquistas de la música moderna, propulsor de tantos movimientos estéticos, espíritu vanguardista, en suma, es un director siempre en presente, como si de ganar un nombre —hoy ya glorioso— se tratara en cada actuación, con ánimo de lucha y pensamiento actual, sin que un pasado admirable pueda servir más que de experiencia jamás de renta triunfal. En Hermann Scherchen nos seduce su propio momento, la juventud de criterio —aunque no lo sea por los años— su brazo firme, enérgico, arrollador unas veces, imperceptible otras, pero intenso, eficaz y persuasivo siempre. Nos hallamos ante un director con personalidad aplastante, que sabe lo que quiere —está o no de acuerdo con otras opiniones— y que lo exige con mando autoridad y convencimiento. Es posible que en algún fragmento su versión de «El Mesías» no responda exactamente en tiempos y matices a lo que para el mismo pensamos, pero en modo alguno puede decepcionarnos, porque la entrega es constante, el dominio de la obra evidente, el concepto firme y la sugestión palpable.

Pocas veces he visto un director ejercer una tiranía tan férrea sobre las masas. Gesto decidido, orden incontestable, sí, pero nunca rigidez ni dureza. Los detalles pueden multiplicarse: por musicalidad, arranque, carácter, hondura de expresión, nervio y coraje comunicativos, directos a la mejor calidad. Esa calidad que Scherchen nos ha servido inmaculada, con dignidad y sabiduría emocionantes.

Para el «Orfeón Donostiarra», el mejor aplauso; para su director, el maestro Juan Gorostidi, el reconocimiento y la admiración sin reservas. No sólo por lo mucho y bueno conseguido en «El Mesías», sino por el posterior convencimiento de que una masa coral que canta con tanta seguridad, con tanto entusiasmo, con tanta desenvoltura y vuelo lírico, con tanta perfección en el empuje, en el ajuste y en la afinación, puede, con alegría, acometer cualquier empresa por difícil y arriesgada que sea. La preparación es sólida, el conjunto trabajado y la sonoridad bellísima, siempre pujante y plena, con matices admirables y fraseo correctísimo. El éxito del «Orfeón Donostiarra» y de su director ha sido rotundo, sin puntos vulnerables, bien rubricado por las ovaciones de que fueron destinatarios. ¡Qué pena no poder oírlo en un recital a capella!

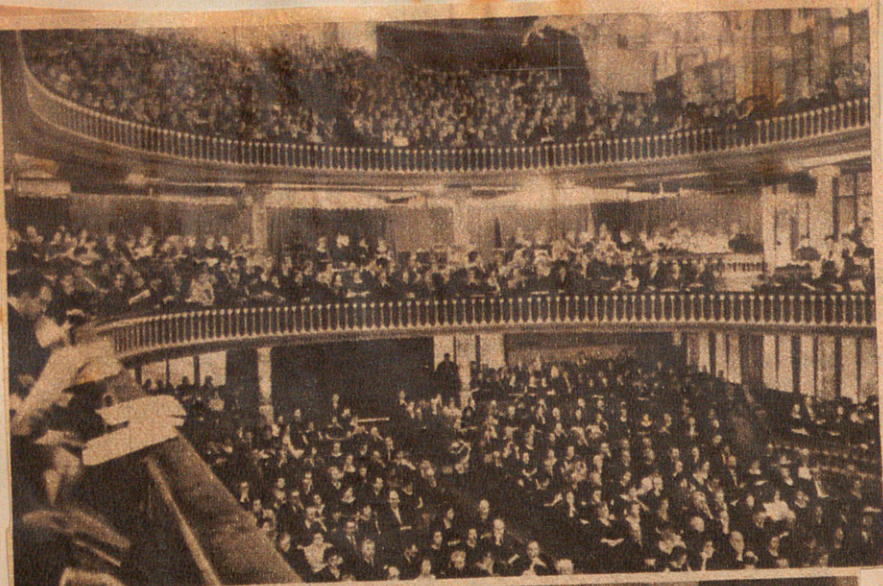
Magnífica la labor de los solistas Irene Salemka —soprano de voz fresca y grata—, Norma Procter —dulcísima, sensacional voz de contralto y emocionada dicción—, William Herbert —tenor de buen fraseo— y Richard Standen —bajo de amplísima voz, bella y pastosa.

Muy bien el maestro Juan Gibert Camins al clavicémbalo, así como la Orquesta Sinfónica de Barcelona, exactísima de afinación, con auténtica calidad sonora, perfección de empuje y flexibilidad ejemplar.

Los maestros Scherchen y Gorostidi, con los solistas, coro y orquesta fueron beneficiarios, al final de la audición, de unos aplausos tan fragorosos como insistentes. El esfuerzo y los resultados bien los justificaban.

Juan Arnau

*"El Mundo
Deportivo"
26 febrer
1959*



BARCELONA: Algunos detalles de la magna audición del oratorio «El Mesías», de Haendel: brillante aspecto de la sala del Palacio de la Música durante el solemne acto; un momento de la interpretación por el Orfeón Donostiarra, la Orquesta Sinfónica de Barcelona y solistas vocales; grupo de orfeonistas después del concierto, y el glorioso maestro Hermann Scherchen en un momento de su magistral dirección del concierto, cuya actuación constituyó un memorable éxito para los intérpretes y para el Patronato Pro Música de Barcelona, organizador del extraordinario acontecimiento

"Drano de Barcelona"
27 febrer 1959



"Orchestra de Barcelona"
27 febrer 1959

EL PATRONATO PRO-MUSICA DE BARCELONA se suma a la conmemoración mundial del II centenario de la muerte de G. F. HÄNDEL, ofreciendo a Barcelona dos excepcionales audiciones de su ORATORIO para orquesta, coros, solistas, clavicémbalo y órgano

EL MESIAS

con un cuarteto vocal integrado por las más altas figuras calificadas de esta modalidad musical:

Irene Salemkka

Soprano de la ópera de Frankfurt

Norma Procter

Contralto solista de los Festivales del Royal Albert Hall

Anton Dermota

Tenor de la Ópera del Estado de Viena

Richard Standen

Bajo, solista en el Royal Festival Hall

CLAVICEMBALO, a cargo de J. GIBERT CAMINS

ORGANO, a cargo de JOSE M^e ROMA

Y las partes coral e instrumental confiadas a las prestigiosas agrupaciones

ORFEON DONOSTIARRA

Director Maestro **GOROSTIDI**

y **ORQUESTA SINFONICA DE BARCELONA**

bajo la dirección general del GRAN MAESTRO

HERMANN SCHERCHEN

PALACIO DE LA MUSICA

Miércoles, 25 de febrero, a las 22'15
Jueves, 26 de febrero, a las 22'15

Localidades, de 5 a 8 en la Admón., Amadeo Vives, 1. Tel. 21-76-61

*"La Vanguardia"
22 febrero 1959*

LAS COSAS, COMO SON

Scherchen, el hombre del "Mesías"

Por Sempronio

Ayer, a la una, al terminar su primer ensayo con el Orfeón Donostiarra, el maestro Scherchen hizo un ademán rogando a los coristas que no se disgregaran aún. Y les dijo:

—Sobre todo, tengan en cuenta que la Música es algo muy vivo, mucho más trascendental que nuestras mediocres existencias...

Lo dijo en francés. Antes ensayando, les hablaba en italiano. El Orfeón, guipuzcoano, cantaba en alemán. Estábamos en el Palacio de la Música Catalana... ¿Habrá todavía quien dude de que es la Música el más universal de los mundos?

Me gustó escucharle el breve mensaje que a guisa de «¡rompan filas!» dirigió al coro. Condensa con brevedad la personalidad de este director de orquesta que me ha parecido un filósofo al par que un técnico extraordinario.

Tras el mensaje, se fue a almorzar rápidamente, pues a las tres de la tarde tenía ensayo con la orquesta. La preparación del «Mesías» de mañana se desarrollará con una actividad y una pasión dignas del acontecimiento, verdadero «clou» de la temporada artística ciudadana.

Le acompañé al restaurante, y mientras atacaba la «terrine du chef», le constreñí a hablar de Música.

Fiando en las breves biografías que de él circulan estos días, yo estaba convenido de tratar con un especialista en la música más moderna...

—¡Especialista, no! —protesta—. Debe conocer usted el aforismo de Nietzsche: «Quién sólo sabe una cosa, está a pique de no saber ninguna». Terminó la época de la especialización. Hoy el hombre aspira a comprenderlo todo...

—Sonó la hora del humanismo... —musitó.

—Por lo menos, hagámonos la ilusión de que ha sonado —replica el maestro.

Aborrece el especialismo, pero es innegable que la música moderna le debe al-

gunas de sus más bellas victorias. Observo viola de la Filarmónica de Berlín, asomó a la fama al tener que dirigir, por enfermedad del autor, el «Pierrot lunaire», de Schönberg, manifiesto del entonces (estábamos en 1912) naciente atonalismo. Cuando se presentó en el pupitre como director titular, Mahler y Bruckner fueron sus autores favoritos. Y otra significativa fecha de la carrera de Scherchen lleva anejo el nombre de Barcelona. Fue en 1936.

cuando se celebró aquí el Festival de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea, y también por indisposición del director designado, Scherchen, en el espacio de dos horas, ensayó y estrenó el «Concierto para violín», de Alban Berg, otro de los hitos de la nueva música.

—¿Qué opina del dodecafonismo?

—Que era la única posibilidad de supervivencia que se le ofrecía a la Música.

—Dice «era» ¿Acaso no lo cree ya ahora?

—¿Cómo? La vida sigue y no es humano encastillarse en ninguna opinión...

Debe rozar la setentena y es uno de los espíritus más audaces que he conocido. Alguien le ha preguntado si le gustaba el jazz, y ha respondido que sí. «Me gusta porque es algo vivo, una de las expresiones típicas de nuestro tiempo».

¿Cómo es nuestro tiempo? Esta es harina de otro costal. Opina Scherchen que la gran época creadora de Europa terminó con el siglo XIX. Ahora estamos en la era de la técnica, de la experimentación. Afortunadamente, la Música alcanzó ya un grado de madurez sublime, pertrechando suficientemente al hombre para resistir la aceleración, el ritmo frenético de inventos y descubrimientos característicos de la actualidad.

—Sólo la Música asume este papel confortador, defensivo —asegura—. No se le pueden comparar ni la Pintura ni la Literatura.

¿Debemos resignarnos, entonces, a extender el certificado de defunción de la Música? No, de ninguna manera.

—Todo vuelve, todo —afirma Scherchen—. Aunque nada vuelve a ser exactamente aquello que fue.

El dodecafonismo, la música concreta y otras experiencias actuales tal vez preluden una nueva época con virtudes creadoras.

Ahora bien, al músico no le basta la inspiración, sino que debe conocer a fondo la Ciencia del sonido. En Gravesano, cerca de Lugano, dirige Scherchen un Centro de Electro-acústica, de Técnica del sonido y de Música, colocado bajo el patrocinio de la UNESCO. Una de sus actividades es una revista titulada «Arte, Ciencia y Técnica». El centro posee los estudios de mejor acústica que existen en el mundo. Músicos de todos los países acuden a estudiar composición orquestal con Scherchen.

—Mis hijos, la Naturaleza y mis discípulos, son mis tres amores —manifiesta.

Hombre integral. Idolatra la técnica, pero reverencia el corazón. Me cuenta que Haendel, cuando escribió «El Mesías» en menos de un mes, estaba como en trance, no dormía ni comía. Y a veces, le encontraron derramando lágrimas sobre el papel pautado.

"Granada de Barcelona"